teorías de Proudhon y de Luis Blanc; atendia todavía á los libros. Hoy ha arrojado todos estos disfraces y máscaras despues de haberlas gastado, y se presenta al descubierto en el fondo y en su fin. Es el brutalismo; el brutalismo de las masas que ha salido del ateismo de los literatos y de la corrupcion de los ricos y afortunados. Se nutre con sus mismos escesos; levanta su horrible cabeza hasta el cielo contra Dios y contra el hombre. y cree de tal modo haber concluido con la sociedad que se arroja de un salto sobre ella como sobre una presa aturdida que ya no sabe erguirse y volverse contra aquella.

Es el genio de la destruccion, carácter de la Revolucion que jamás ha sabido ni podido hacer otra cosa, y que en el dia no tiene ya límites y se dirige á la nada. Es ese genio que Milton, que lo vió operar, presenta, en su verdadera inspiracion, con estas palabras de Satanás y de sus negros cómplices: »Sólo quiero hacer á los demás tales como yo soy, aunque por esto se redoblarán mis tormentos; porque solamente encuentro en la destruccion lenitivo á mis pensamientos sin reposo... Estiéndase pues lejos la destruccion... Jamás, será empresa nuestra hacer bien, nuestra única delicia será siempre hacer mal, por ser lo contrario de la volumtad de Aquel á quien resistimos.»

La Revolucion es propiamente negacion y destruccion. Examínese bien en el órden doctrinal, político y social y no se verá otra cosa, hasta el punto de no poderse conservar ella misma sin el auxilio de los conservadores, cuya demencia ha sido siempre mantenerla contra ellos mismos.

Y este carácter destructor es completamente lógico, digo mas, necesario; es el Ateismo en accion. Teniendo la Revolucion por principal objetivo á Dios, es decir, *Al que es*, de quien y por quien todo es, todo vive y todo subsiste en el mundo, y que es el gran *Conservador*, se encuentra fatalmente condenada *á hacer lo contrario de la elevada* voluntad y de la naturaleza misma de Dios, á destruir. Obrar en favor del Ateismo es destruir, combatiendo al Ser mismo en todas sus manifestaciones. Y si en el dia la Revolucion ha llegado al último límite de la destruccion, es porque ha llegado al último límite del Ateismo, y porque la ecuacion ha llegado á su colmo.

Este síntoma, preciso es reconocerlo, es espantoso.

Sin embargo, hay otro síntoma que lo es todavía mas, á saber; la complicidad de las *gentes honradas* de la sociedad misma.

Me esplicaré.

III.

COMPLICIDAD SOCIAL.

Si la Revolucion, y para llamarla con su último nombre, si la Commune viniera á chocar contrá una sociedad completa y compacta en sus creencias, se estrellaria en ella y seria lanzada al abismo de donde sale, lejos de arrastrarnos á él. Para hablar con mas claridad, no existiria. Si existe, en efecto, es porque ha encontrado con qué formarse en nuestra sociedad, porque encuentra con qué desarrollarse, es porque nos hallamos en sazon para ella, maduros para la destruccion.

En esto consiste que no obremos en contra, que soportemos los mas odiosos escesos, las mas salvajes tentativas. Nos hallamos contaminados y damos paso á la Revolucion, porque estamos penetrados de su principio, porque formamos parte de ella.

No hagamos esclamaciones: la Commune se halla por todas partes, y todos la respiramos en diversas dosis. Ignórase dónde comienza y dónde acaba su espíritu; mas hállase disuelto en el aire del siglo y á todos los impregna.

No hay duda que algunos la combaten y que todos la desconocen ó la repelen; pero ¿quién es el que se atreve á oponerla valerosa y prácticamente la afirmacion del principio contrario al suyo? Dirijóme á los creyentes mismos y les digo: ¿Qué haceis de vuestra fé? La practicais en particular y en familia, está bien. ¿Pero qué papel representa en vuestras relaciones sociales, en vuestros actos civiles y políticos? ¿Qué resoluciones os inspira? ¿Qué acentos conmovidos é indignados pone en vuestras voces? ¿A qué compromisos, por lo contrario no la humillais, con qué precauciones no la disfrazais, qué abstenciones, qué retiradas y qué defecciones no la imponeis, cuando precisamente es ella, ella sobre todo, ella únicamente la que se halla en cuestion en todas las cuestiones y con ella los supremos intereses sociales de que sois mas ó menos responsables? Háblase de prudencia, de saber, de habilidad. Lo reconozco; pero ¿quién nos hace una ley de todo eso si no es nuestra propia debilidad misma que se autoriza con ella, lejos de tascar su freno y de saber romperlo á tiempo debido? Indudablemente, si no estais armados, no debeis combatir;

pero valdria mas estar armados. Por lo menos, no se debe cubrir con el pretesto de prudencia, de saber y de habilidad, la falta de valor. Toda prudencia de que no se prescinde jamás es sospechosa: todo valor que trata de hacerse perdonar llega á ser una debilidad; toda habilidad que transige con el enemigo camina á la defeccion.

Y si esto es asi respecto de los creyentes, ¿qué será pues, de los indiferentes, de los escépticos, de los conservadores puramente políticos, de todos esos restos de las varias clases anteriores de régimen, que nos han conducido á la Commune?

Si la Commune es el Ateismo aplicado á la sociedad, ¿cómo puede ser rechazada por el Ateismo aplicado á la política, á la filosofía, á la historia, á la ciencia, al arte, á la vida?

Los partidos apenas se diferencian; tan penetrados, están sin saberlo, del espíritu del siglo. El que no es de opiniones revolucionarias, es no obstante, de costumbres revolucionarias, y aunque políticamente se está en el estremo, doctrinalmente hay conformidad de opiniones. Durante cincuenta años, hemos sido educados en la escuela del panteismo universitario, que es el ateismo profesoral, y en la escuela doctrinaria de la secularizacion, que es el ateismo legal. De aquí al ateismo social, no hay mas que el empuje de una generacion y de una consecuencia, y la distancia que de los maestros á los discípulos, de los patronos á los clientes, de la cabeza á la cola. Sucede con la Revolucion lo que con un solo reptil que ha desarrollado todos sus anillos y que vomita en el dia, todo su veneno: el ateismo. Porque, como ha dicho muy

bien M. Jovin, del *Fígaro*: «En Francia, solo tiene una forma el ateismo; esta es la Revolucion.»

Ya en su *Confesion de un hijo del siglo*, decia Musset, con tanta verdad como ingenio: *Todo filósofo es primo de un ateo*. ¡Con cuánta mas razon puede decirse en el dia: todo radical, todo republicano, es primo de un comunista; todo liberal, todo doctrinario, es su primo segundo! ¿Y no hemos sorprendido esta consanguinidad hasta que han estado ante los consejos de guerra? ¿Qué digo? ¿no hemos visto el *Positivismo* de la Commune patrocinado en la Academia por nuestros austeros prácticos y por nuestros cónsules?

No, todos estamos tocados de la misma peste, pudiendo decirse tambien de nosotros:

Si no los mataba á todos,
A todos los atacaba.

¿Qué síntoma mas significativo y mas deplorable de tal estado que la insensibilidad respecto de los rehenes?

Verdaderamente que jamás se vieron víctimas mas nobles, mas heróicas, mas santas, mas dignas de admiracion y de reconocimiento y mas á propósito para escitar la execracion y el horror contra, no diré solamente, los mónstruos que las inmolaron, sino el Espíritu que los impulsó á esta obra que carece de nombre en el salvagismo humano, hasta tal punto, que una de ellas pedia que se la dejara volverse entre los salvajes, donde su ministerio apostólico predicaba la fé con menos peligro que en la ciudad reina de la civilizacion. Ellos eran nuestros amigos, nuestros defensores, nuestros padres, nuestros magistrados, la flor y el honor de nuestros siglo; nuestros *rehenes* sobre todo, rehenes por nosotros, y rehenes voluntarios que permanecen en el sitio del deber, entregándose, muriendo para rescatarnos, mártires de la protesta social. ¡Pues bien! ¿Qué reaccion nacional suscitaron? ¿qué luto? ¿qué homenaje patriótico? ¿qué fruto?,.. ¿Deberemos decirlo? Casi se les pide cuenta del mal que se les ha hecho á causa de la gloria que de él se ha reflejado sobre las santas causas por las cuales lo padecieron.

Esta gloria importuna á muchos, y se querria hacer que desaparecieran sus mas sencillos testimonios, lejos de elevarles un monumento que verdaderamente les reserva la posteridad.

¿Qué puede decirse de un pueblo que mezcla en una misma hecatombe la sangre del sacerdote con la del soldado y del magistrado, es decir, todas las instituciones sociales? Y ¿qué es una sociedad que tiene que resignarse á su propia inmolacion, á dudar del derecho de reprimirla y á dejarla que se prosiga?

¡Qué camino hemos andado en la barbarie, desde 1848! En los funerales de monseñor Afre, el pueblo, decíamos, se mostró todavía leon. En el asesinato de los rehenes y despues se ha mostrado y ha permanecido siendo hiena, *este animal que no conoce que no goza de libertad sino cuando desgarra y devora*, como dice Montesquieu de un pueblo que no tiene religion. De cada vez está mas cebado contra un mundo que retrocede y se dispersa ante él, que no solamente no se dirige á él por medio de los principios y de las abnegaciones civilizadoras, sino que le presta asidero por medio de su propia enemistad contra estos principios; mundo de negacion,

de ignorancia, de division, de fanatismo antireligiosos; mundo en que todo lo ha gastado la crítica hasta el criterio mismo, en que nada está ya en pie ni puede levantarse, y en que cada uno se retira de él, para encerrarse en su egoismo, desesperando de una sociedad que parece entregada á los dioses infernales.

Apparent diri facies inimicaque Trojæ numina.

IV.

LAS DIVINIDADES MODERNAS.

Todos nosotros rendimos sacrificio mas ó menos á estos dioses. Sobre todo, hay tres de ellos que nos poseen.

En primer lugar, el Miedo.

Lamartine ha dicho: «La Francia es una nacion que se fastidia.» Mas exacto sería decir, que durante ochenta años, la Francia, tan impávida en los campos de batalla, es una nacion que tiene miedo y que se causa miedo ella misma.

Este es el siglo del miedo.

Desde el orígen de la Revolucion y en sus diversas fases, como si se hubiera cometido un atentado contra el órden eterno de las cosas, ha dominado constantemente el miedo, compañero asíduo del remordimiento sufrido y de la censura merecida.

Todos los crímenes de la primera Revolucion, y *del Terror* que llegó á ser su régimen fueron especialmente obra del miedo:

No tienen mas Dios que el miedo,
Tan pálido y tan bisojo.

Decia Andrés Chemier.

El Imperio lo dió á conocer primeramente con el crímen de Vincennes, requerido por el miedo, y á medida que hacíamos temblar á la Europa con nuestras victorias, se convertian estas para nosotros en mónstruos de miedo por el presentimiento de las causas de desquite y de invasion que iban amontonándose. El gran Emperador tenia miedo de la libertad en el interior y de sus conquistas en el exterior. Hízolas al principio por ambicion, y las prosiguió por miedo, especialmente la campaña de Rusia. Precipitóse en ella por miedo.

La Restauracion fué un miedo recíproco de la revolucion y del antiguo régimen.

El régimen de Julio fué un tejido de precauciones dictadas por el miedo, el miedo de la legitimidad, de la demagogia y de la libertad católica.

Despues de las ansias de la segunda república y de las sangrientas jornadas que hicieron cernerse el miedo sobre toda la Francia, esperando de hora en hora lo que saldria de ella en París, los partidos se observaban con temor uno de otro, siendo únicamente el miedo quien arrojó la Francia á los pies de Napoleon III, así como fué el miedo á la revolucion lo que le dejó hacer todo cuanto nos há precipitado en ella.

¡Actualmente, no necesito decir hasta qué punto somos presa del miedo! Todos nosotros tenemos miedo. ¡Y cosa extraña! tenemos miedo á un tiempo mismo del mal y del bien; sí, del bien. A punto de zozobrar, tenemos miedo de la salvacion. Tenemos miedo de Dios,